



CRISTO EN BRONCE, OBRA DE VICTORIO MACHO.

Foto Zárraga.

EL CRISTO DE VICTORIO MACHO

Los Corrales de Buelna (humilde aldea montañesa, transformada rápidamente en importante centro industrial) es desde hoy un lugar favorecido con la gracia del arte.

Don Leonardo Rucabado trazó los planos de su nueva iglesia con arreglo a los cánones herrerianos, que tan del gusto eran del ilustre arquitecto, y dentro de las naves del templo se procede actualmente a colocar una de las obras capitales de la moderna escultura española: el *Cristo* de Victorio Macho.

La exposición que de esta escultura se hizo en el taller del artista la ha dado ya a conocer al público madrileño; el de Santander también la pudo contemplar y la contempló en uno de los salones de la Biblioteca Municipal, donde estuvo expuesta durante diez días.

Los sentimientos que suscitó fueron muy variados: las gentes sensibles al arte se conmovieron y quedaron maravilladas ante una obra tan soberanamente hermosa; el pueblo ingenuo se entregó sin reservas a la emoción religiosa que dimana de ella, en tanto que una buena parte de la beatería, aquí como en Madrid, no disimuló su disgusto ante una representación del crucificado que se aparta del patrón "devoto", de un realismo sentimental y cursi a que nos tiene acostumbrados la ramplona industria imaginera.

Pero en esta división de opiniones y de perceptibilidad artística no hay nada que pueda sorprendernos por muy lamentable que sea, ni denota un nivel cultural más bajo en estas latitudes que en otras más elevadas; yo creo que el público en todas partes se divide en los mismos sectores; la diferencia entre Navacerrada y París está únicamente en la amplitud del radio de

esos sectores. Maurice Denis, el gran restaurador del arte religioso francés, refiere el siguiente hecho: "Habiendo tenido uno de nosotros la suerte de hacer editar una imagen un poco nueva del Sagrado Corazón por uno de los raros editores de imaginería religiosa que es al mismo tiempo un hombre de gusto, sucedió que un cura muy culto de los alrededores de París instaló este Sagrado Corazón en el salón de su presbiterio. Pero a fuerza de oír repetir a las damas patronas y a los mayordomos que aquella imagen era un horror, se decidió a retirarla. Esta historia explica por qué en todas las artes aplicadas (casullería, vidriería, orfebrería, etc.), y, en fin, en la arquitectura, siempre son las formas más triviales, las más mediocres, las ya vistas, las que triunfan."

Así es, en efecto. Y por eso los fabricantes de objetos religiosos se creen en el deber de repetir eternamente los mismos modelos de misales y candelabros, cálices y custodias, confesonarios y altares de estilo gótico o renacimiento (¡pero, qué gótico y qué renacimiento!); por eso fabrican esas imágenes dulzarronas y empalagosas del Sagrado Corazón y de San José, con los mismos colorines, las mismas barbas acicaladas y las mismas actitudes convencionales; por eso se siguen construyendo templos ojivales (en el siglo xx), y por eso, finalmente, hay muchas gentes que creen que el arte moderno no puede entrar en la iglesia, que es incompatible con el sentimiento religioso.

¿Pero es que creen las personas que así piensan que en el siglo XIII, cuando se construyeron las catedrales de Chartres, de París, de Burgos y de León, el estilo gótico se reservaba exclusi-



FRAGMENTO.

Foto Zárraga.

vamente para la arquitectura religiosa y se tenía otro distinto para los castillos de los señores y las tiendas de los mercaderes? En todos los

tiempos, hasta el siglo xx, el templo con su mobiliario y los objetos del culto se han nutrido de los estilos dominantes, de los mismos que sirvie-

ron para las demás atenciones de la vida, para la casa, para el mueble, para la joya, para el cacharro de uso cotidiano. ¿Por qué ahora se quiere hacer de la iglesia un bazar de falsa arqueología?

El mismo Denis, gran propagandista del arte religioso moderno, dice en otro lugar de su libro *Nouvelles théories*: "Si queremos acordarnos de que la religión católica es universal, de todos los tiempos y de todos los países; que se dirige al hombre moderno, como se dirigió antes al hombre de la Edad Media o del siglo XVII, es preciso convenir en que tiene el deber de adaptarse a la vida actual, a nuestra inteligencia, a nuestras formas de sensibilidad, y hablarnos en el lenguaje que tenga las mayores probabilidades de conmovernos."

Denis atribuye al demonio la jugarreta de haber persuadido a nuestros abuelos del siglo XIX de que todas las iglesias deben ser góticas y de que todos los objetos del culto han de inspirarse en los estilos del pasado, sobre todo de la Edad Media, "de una Edad Media legendaria y falsa, cuyos productos, si creyéramos a sus imitadores, serían monumentos de insipidez y de ñoñería".

Yo no me figuro al demonio tan mal intencionado; creo que ya se le achacan bastantes culpas y que no es necesario, para hacerle odioso, cargarle también con la responsabilidad de los pecados contra el buen gusto.

El mal estriba principalmente en que se ha alejado a los artistas de la iglesia; la industria los ha suplantado y la máquina ha sustituido al trabajo personal, tosco en ocasiones, magnífico en otras, pero siempre animado por el calor que imprime la mano del artífice.

Por eso podemos señalar con piedra blanca la fecha en que unas personas que quieren dotar al pueblo de sus mayores de un templo católico y de una imagen de Cristo crucificado, se acuer-

den primero de un gran arquitecto, y luego, del primero de nuestros escultores.

Y la elección (especialmente por lo que se refiere a este último) no pudo ser más acertada; si hay algún artista en España capaz de devolver a la escultura religiosa el prestigio que tuvo en pasados siglos, ese artista es Victorio Macho.

De toda la obra monumental de este escultor se desprende un perfume de castidad y de pureza, hay en ella una expresión tan íntima y recóndita, que la asimila a las creaciones religiosas de las mejores épocas (egipcias del período tebano, griegas arcaicas, cristiana del siglo XIII). En los monumentos a Galdós, a Hostos, a Cajal y a Morales, todo reposo, todo vida interior, palpita una emoción ultraterrena, algo que está ya en relación espiritual muy íntima con el Cristo de Los Corrales.

Espíritu sincero y rebosante de sensibilidad el de Macho, supo, por la soledad y la meditación, adoptar frente a la Naturaleza la actitud humilde e ingenua de los primitivos; y con la virginidad de sentimientos de un artista medieval y todos los recursos técnicos de un gran escultor del siglo XX, ha creado una imagen admirable, nueva por la forma, de todos los tiempos por su valor emotivo.

Victorio Macho que, gracias a su gran talento y a su probidad artística, tanto contribuyó a dignificar la escultura monumental española, con esta última obra se ha hecho acreedor al título de restaurador del arte religioso nacional.

Su *Cristo* en bronce, Mesías de la escultura religiosa, anuncia nuevos días de gloria para el arte que enaltecieron Berruguete, Montañés y Fernández.

ELÍAS ORTIZ DE LA TORRE
Arquitecto.

Santander, marzo 1927.